

¿MITOLOGÍAS?

MYTHOLOGICAL TALES?



LÁZARO SANTANA

Fedra denunció a Teseo el acoso continuo a que, según ella, la sometía Hipólito para obtener sus favores sexuales. Todos sabemos que Fedra mentía: era ella quien hostigaba, vanamente, a Hipólito con ese mismo fin. Fedra había procedido como mujer despechada, y, más aun, como hembra inútil: la rabia le hacía perder el control cuando pensaba que aquel sexo –que ella veía iluminado por un duro esplendor cuando Hipólito, desnudo, se entregaba al frenesí de los juegos gimnásticos– era saboreado únicamente por la lengua de Virbo, un joven esclavo de palacio, y no por la suya propia.

Después de muerto Hipólito (de la manera ya conocida: asustado por un toro, el caballo que lo conducía al destierro lo derribó, golpeándose su cráneo contra las piedras del camino), Fedra soñaba cada noche con él; en ese sueño, el miembro viril del muchacho penetraba en su boca y la desgarraba. Al despertar, por la mañana, Fedra, con la mirada aún satisfecha por el placer obtenido, limpiaba con la punta de la sábana unas gotas de sangre sujetas en el vértice de sus labios.

Teseo, finalmente, descubrió la verdad de lo sucedido y mandó ejecutar a Fedra. Esta sintió perdér su sueño, no su vida.



La muerte del padre había sumido a la madre en una interminable desolación; en el rostro demacrado brillaban vivísimos los ojos azules y jóvenes cercados de zonas negras; el cuerpo enlutado había enflaquecido, encorvándose; cuando caminaba parecía arrastrarse como un vacilante garabato negro. Los hijos la veían vagar a diario por el jardín, revolviendo nerviosa los arbustos; sobreentendían que su madre esperaba encontrar bajo ellos alguna huella del ser querido que acababa de perder, y que la tierra que allí había solamente exacerbaba su dolor. Cada encuentro infructuoso le provocaba un débil quejido y unas lágrimas rojas, sin que cesara en su búsqueda. Los hijos temían que su madre perdiera la razón, y procuraban distraerla de aquella tortura llevándola a pasear a lugares distintos que no tocaran su memoria; pero ella volvía obstinada al jardín y reanudaba su exploración en los arbustos. Los hijos no entendían nada, pensaba desespe-

Phaedra told Theseus of the constant harassment to which – according to her – Hippolytus was subjecting her in order to obtain her sexual favours. We all know that Phaedra was lying, for it was she who vainly harassed Hippolytus to achieve the same end. Phaedra acted like a spurned woman or – worse still – like a worthless female: she was beside herself with rage when she thought of how that member – which she had seen illuminated by a sharp glint of light when the naked Hippolytus was giving himself up to the frenzy of the gymnastic sports – was savoured only by the tongue of Virbus, a young male palace slave, and not by her own.

Every night after Hippolytus' death (it is common knowledge that, startled by a bull, the horse on which he was riding into exile threw him and that his head struck the rocks in the road), Phaedra dreamed of him. In her dream, the boy's member entered her mouth, tearing it, and Phaedra, on awakening the next morning and with a satisfied look of pleasure still upon her face, wiped away the drops of blood at the vertex of her lips on the edge of the sheet.

Theseus finally discovered the truth and ordered Phaedra executed. Although she was not sorry to lose her life, Phaedra was sorry to lose her dream.



The death of the father had plunged the mother into grief without limit; from her haggard face young, blue eyes surrounded by black rings gleamed brightly forth. Her body, dressed in mourning, had grown thin and bent so that when she walked, she seemed to drag herself along like some faltering black hook. Her children, seeing her roaming the garden each day and nervously rummaging among the bushes, assumed that their mother hoped to find some trace of the loved one she had just lost and that the earth there only added to her grief. Each vain attempt brought forth a weak moan and a few red tears, but she would not give up her search. The children were afraid that she had taken leave of her senses and tried to divert her from her torment by taking her for walks to places which would not

rada la madre; sentía infinitamente la muerte del marido, si bien el motivo de su búsqueda frenética no era encontrarlo; estaba en sus cabales y sabía que la muerte separa sin remisión los cuerpos. Por eso, lo que esperaba hallar entre las ramas eran otra serpiente y otra manzana.

• • •

Se le conocía principalmente como ladrón, pero esa era en realidad la menor, aunque no la menos productiva, de sus actividades: también asaltaba aldeas, quemaba las chozas de adobe y cañas, violaba y asesinaba a sus habitantes; la parte substancial del botín era siempre la suya; y si algún compinche miraba de reojo durante el reparto, lo hacía escarmentar ejemplarmente: le cortaba las manos, le extraía los ojos, y en las heridas echaba sal. Era, en definitiva, un ser frío y desmedido: no tenía escrúpulos ni experimentaba remordimientos: parecía que en cada ocasión ejecutaba con toda inocencia y fidelidad un trabajo burocrático indispensable para la buena marcha del negocio y del mundo, en general.

Aquel hombre *tenía una seguridad*: la de que salvaría su alma; los jueces, a su debido tiempo, lo condenarían por sus crímenes; pero su alma inmortal no se hundiría en el polvo gris del infierno. Un mago caldeo, de paso por la aldea donde él nació, un pueblecito sin nombre, próximo a Belén, se lo había pronosticado: precisamente en el momento de su muerte, si se mostraba convenientemente arrepentido, y eran convincentes su fe y sinceridad al reconocer y aceptar la verdadera identidad de su compañero de calvario, éste le condonaría todos sus delitos y, aquella misma tarde, entrarían juntos en el reino de los cielos. Con esa contundente amnistía prometida para todos sus actos ¿qué podía detenerle?

• • •

Dido abastece la pira que hace levantar en uno de los patios de su palacio con materiales heterogéneos –pero todos ellos vinculados a su pasión por Eneas: las armas del troyano, sus vestidos, el mismo lecho conyugal. Esos testigos de la carne van a alimentar un fuego obstinado y vengativo: la llama final es tan solo una metáfora, un símbolo punitivo para acoso de la memoria (Dido quiere que Eneas la contemple mientras sus naves se alejan, y que sea esa la última visión que retenga de Cartago y de su reina –él, culpable del fuego, fuego del todo inútil salvo, quizás, para ese fin; porque hay otros fuegos: todo el libro IV de *La Eneida* está recorrido por una marea de fuego que impulsa Dido: en su amor por Eneas, aquélla reconoce “las huellas de una vieja llama”, llama en la que, de nuevo, “arde enamorada”; cuando la fusión de los cuerpos se consuma, “brillan los fuegos” en el aire de la cueva en la que ella y Eneas se habían guarecido de la tempestad provocada adrede por Juno, precisamente pa-

remind her of her grief. But she returned obstinately to the garden and resumed her exploration of the bushes. The children have no idea, she thought despairingly; her grief over her husband’s death was infinite, but the reason for her frantic search was not to find him. She was not out of her mind and knew that death inexorably parts bodies. Thus, what she hoped to find among the leaves was another serpent and another apple.

• • •

He was known mainly as a thief, but theft was, in fact, the least – though not the least productive – of his activities, for he also attacked villages, burning the mud and cane huts, raping the women, killing the inhabitants. The lion’s share was always his and if he caught an accomplice so much as glancing at him out of the corner of his eye when he was splitting up the booty, he had him made an example of by cutting off his hands, putting out his eyes and rubbing salt into the wounds. He was, in short, a cold, immoderate fish, unscrupulous and remorseless, yet appeared at all times to be quite innocently and faithfully performing some indispensable bureaucratic duty for the sake of business and the world in general.

That man was *sure of one thing*: that his soul would be saved. When the time came, his judges would condemn him for his crimes, but his immortal soul would not be dragged down into the grey dust of Hell. A Chaldean magician passing through his native village – a nameless little hamlet close to Bethlehem – had predicted it: if, as he was about to die, he showed himself duly repentant, and his faith and sincerity in acknowledging and accepting the true identity of his companion on Calvary were convincing enough, then the latter would pardon all his crimes and they would enter the kingdom of heaven together that very evening. With such an amnesty promised for all his actions, what was there to deter him?

• • •

Dido feeds the pyre she has built in one of her palace courtyards with materials which, though heterogeneous, are all connected with her passion for Aeneas: the Trojan’s weapons, his clothing, their bed. These witnesses of the flesh feed an obstinate, vengeful fire: the final flame is no more than a metaphor, a punitive symbol to harass the memory. (As his ships sail away, Dido wishes Aeneas – he whose fault the fire is, a fire completely useless except perhaps for that purpose – to look on that flame in his last view of Carthage and its queen.)

For there are other fires: Book IV of the *Aeneid* is swept by a tide of fire lit by Dido: the book refers to “the traces of an old flame” in her love for Aeneas, a flame in which, once again, she

ra que ocurriera el apareamiento; cuando Dido se entera que su amante ha ordenado equipar los navíos para proseguir viaje a Italia (Júpiter le ha recordado su destino inapelable de fundador), trastornada, “recorre encendida la ciudad”, amenaza a Eneas con “llenar de fuego” su campamento, y jura perseguirle con “negras llamas”; una “llama enloquecida” –la mujer enamorada– penetra los 705 versos de Virgilio; su furor destructivo contagia a hombre y a dioses; por eso, cuando finalmente Dido se arroja a la hoguera, aquellas llamas no la afectan: ya había sido devorada por sus propios y más terribles fuegos.

EPISODIO EN ROMA (AFTER P.P.P.):

El hombre y el muchacho se miraron: oblicuos, frente a frente, dispuestos para la pelea. El hombre era más alto, y más fornido que el muchacho. Ambos se habían despojados de sus ropas. La piel oscura de uno hacía palidecer aun más la del otro. Empezaba a amanecer; se encontraban solos en una terraza de hierbas, en las afueras de la ciudad.

Caminaban en círculos. Se aproximaban. Las manos y las piernas pretendían enredarse en las del contrario para forzar el derribo. El contacto fugaz aumentaba el fulgor de la mirada, hacía chisporrotear en el fondo del ojo una luz, una luz de odio, de aversión, de temor también, a veces de respeto y luego de fatalidad y de deseo. Los dos habían caído varias veces, pero se alzaban sin dar tiempo al contrario para rematar la acción. En los cuerpos, y en el suelo pisado, se mezclaban la savia y el sudor.

En un giro, el muchacho resbaló, hundiendo el rostro en la hierba. El hombre se abalanzó sobre él (...) los cuerpos se estremecieron bruscamente. Después el hombre se deslizó de la espalda del muchacho y se quedó quieto, mirándole, la luz, detrás de los cabellos del muchacho, le impedía ver su rostro, vuelto hacia él.

-Ahora puedes matarme– dijo el hombre.

• • •

Siempre que tenía ocasión, el poeta declaraba que había escrito sus versos con sangre, con su propia sangre. “Mis versos son mis entrañas”, decía. Cuando falleció, la viuda dijo que en su testamento el poeta había dispuesto que pelaran su cadáver y utilizaran la piel para forrar un volumen que contuviera todos sus poemas. Intervino entonces la autoridad legal competente y prohibió que aquella operación de despellejo, curtimiento y encuadernado se llevara a cabo. El difunto fue, finalmente, incinerado, sin que se aprovechara nada de él para otros fines distintos a los de la ceniza. Se frustró así el deseo del poeta de preservar, más allá de la muerte, la unidad de su cuerpo en la unidad –sangre y piel– de su obra.

“burns with love”. When their bodies merge, “the fires glow” in the air of the cave where she and Aeneas have taken refuge from a storm sent by Juno so that the coupling will take place. When Dido discovers that her lover has ordered the ships fitted out in order to sail on to Italy (Jupiter has reminded him of his inexorable destiny as a founder), she wildly “runs fiery through the city”, warns Aeneas that she will “fill his camp with fire” and swears to pursue him with “black flames”. A “flame crazed” – the woman in love permeates Virgil’s 705 verses; her destructive rage infects men and gods. And so, when Dido finally throws herself into the fire, the flames do not affect her: for she has already been devoured by her own, more terrible fires.

EPISODE IN ROME (AFTER P.P.P.):

The man and the boy regarded each other, standing sideways, face to face, ready for the fight. The man was taller and stronger than the boy. Both had shed their clothing. The dark skin of the one made that of the other seem paler still. The day began to dawn; they were alone on a terrace of grass on the outskirts of the city.

They circled. They came closer. Hands and legs ready to engage the opponent’s and force him down. Fleeting contact increased the brightness of their looks, bringing a sparkle of light at the back of each eye, a light of hate, of distaste, of fear also, sometimes of respect and finally of fatality and desire. Each fell to the ground several times, but rose without giving the other time to follow through. On their bodies, on the trodden ground, sap and sweat mingled.

Turning, the boy slipped, his face sinking into the grass. The man hurled himself upon him (...) their bodies jerked sharply. Then the man slid off the boy’s back and sat still, watching him. The light, shining through the boy’s hair, prevented him from seeing the face turned towards him.

“Now you can kill me.” said the man.

• • •

Whenever the occasion arose, the poet declared that he had written his verses in blood, his own blood. “My verses are my entrails,” he would say. When he died, his widow said that the poet had given instructions in his will that his skin should be peeled off and used to bind a volume containing all his poems. But the legal authorities intervened and forbade that act of flaying, tanning and binding. Finally the dead man was cremated, with no other use made of his body than that of producing ash. Thus the poet’s wish to preserve the unity of his body beyond death in the unity – blood and skin – of his work was denied.